

**El testimonio de la trascendencia en la vida monástica
según la doctrina y el ejemplo de san Juan de la Cruz**

9 / Colección «sanjuanista»

Juan Manuel del Corazón de Jesús Rossi

**El testimonio de la trascendencia
en la vida monástica según la
doctrina y el ejemplo de san Juan
de la Cruz**



La Marsa

2020

El presente trabajo fue preparado para el día 25 de diciembre de 2018.

1ª edición digital:

Octubre 2020

Monastère «Bx. Charles de Foucauld»

Villa Lavigerie – B.P. 6 – 2070

LA MARSA – TUNIS

moinesive@ive.org

Este texto sobre el testimonio de la trascendencia en la vida monástica según las enseñanzas y los ejemplos del místico doctor san Juan de la Cruz, llevaba originalmente como subtítulo: *Los «incondicionales» de la Trinidad*; y va dedicado a todos los monjes del Instituto del Verbo Encarnado, al cumplirse 30 años de la fundación de nuestra Rama contemplativa.

«Un monje de la nueva Alianza
ni siquiera debe dar la apariencia
de darle primacía a la letra
por sobre el espíritu».
(P. BUELA, *Apéndice*)

El día 25 de cada mes, «como una manera de actualizar nuestra intención de donación perpetua»¹, los miembros del Instituto del Verbo Encarnado renovamos el compromiso religioso de los votos con una oración especial. En ella comenzamos por reconocer a Dios Padre el habernos llamado a ser «los incondicionales de Dios»² y pedimos luego a la Virgen Santísima que nos alcance, como un *bien*, la gracia de la fidelidad a ese llamado divino «de ser incondicionales de la Trinidad»³.

Esa *vocación a la «incondicionalidad» respecto del Dios Trino* es –a mi parecer– una parte muy importante del espíritu del Instituto. Traduce lo «absoluto» que es en su extensión [«aún en las situaciones más difíciles y en las condicio-

¹ Cf. Carta del 12 de marzo de 2017, del P. GUSTAVO NIETO a todos los miembros del Instituto, 1.

² La expresión viene referida a ORÍGENES, *Tratado sobre la oración*, 13.

Traduce el sentido del original «...ἐκαστον τῶν ἀνακειμένων γνησίως τῷ Θεῷ» – *lit.* «todos los afectados íntegramente a Dios»; trad. lat. en MIGNE, J.-P. (*P.G.*, XI, 457-458): «...eorum qui Deo vere addicti sunt». Alguna traducción inglesa reporta también «...every genuine dependant upon God» (William A. Curtis).

Es, de hecho, el sentido que la Real Academia Española reconoce al término *incondicional*: «1. *adj.* Absoluto, sin restricción alguna. 2. *m.* y *f.* Adepto a una persona o a una idea sin limitación o condición ninguna».

³ Cf. Oración para la renovación mensual del compromiso de los votos religiosos de los miembros del Inst. del Verbo Encarnado.

nes más adversas»⁴]. Y muestra, a su vez, lo irrestricto que debe ser nuestro compromiso con él [«libremente, hago a Dios oblación de *todo* mi ser... comprometo *todas* mis fuerzas...»⁵].

El ser incondicional aparece como el modo propio de ser religiosos del Verbo Encarnado: un modo total, decidido, sin cortapisas, sin remilgos, fiel siempre, «trabaje lo que se trabaje, murmure quien murmurare, siquiera llegue allá, siquiera se muera en el camino o no tenga corazón para los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo...»⁶.

La misión que tenemos los monjes de «ser vanguardia de nuestro Instituto y *guardianes de su espíritu*» nos obliga también en este sentido, y con mucha razón, a ser una primera línea de fidelidad radical, «mostrando a todos la primacía del amor a Dios y el valor de las virtudes mortificativas»⁷. Aun a pesar de nuestros «infinitísimos pecados»⁸, los miembros contemplativos del Instituto tendríamos que poder constituirnos, haciendo gala de nuestras debilidades (cf.

⁴ *Constituciones del Instituto del Verbo Encarnado*, n. 30.

⁵ *Const.*, n. 257. De más está aclarar que las citaciones pertenecen a nuestra fórmula de profesión de votos religiosos. En ella se signa nuestra vida entera como miembros del Instituto: «... implica adherirse *plenamente y sin reticencias* al marcado “estilo” de Nuestro Señor Jesucristo” [*Const.*, n. 216]» (Carta del 1 de abril de 2018, del P. NIETO a todos los miembros del Instituto, 8. Cf. también 9 ss.).

⁶ SANTA TERESA DE JESÚS, *Camino de perfección*, 35, 2. En *Obras completas*, BAC, Madrid 1979, 260-261. Cit. en *Directorio de espiritualidad del Instituto del Verbo Encarnado*, n. 42.

⁷ *Directorio de vida contemplativa*, n. 8.

⁸ SAN FRANCISCO JAVIER, *Carta a sus compañeros residentes en Roma*, Cochín, 20 de enero de 1548, n. 21. En *Cartas y escritos* (doc. 59), BAC, Madrid 1979³, 226.

2Cor 12, 9), en verdaderos *modelos de aceptación incondicional*, y hasta las heces, de ese cáliz de oblación que es el «nada en absoluto anteponer a Cristo»⁹.

Quiero, en algunas líneas, proponernos a san Juan de la Cruz como *ejemplo y maestro de incondicionalidad*. Porque él, que desde pequeño tenía «pasión por lo heroico»¹⁰, puede encender e iluminar nuestras almas para que se adhieran siempre con una mayor decisión y una más firme estabilidad a Aquel que «no se mueve»¹¹ y «es Él mismo siempre» (cf. Heb 13, 8).

⁹ SAN BENITO, *Regla*, LXXII, 11: «Christo omnino nihil præponant». En *San Benito Su vida y su Regla*, BAC, Madrid 1968, 710-711. Cit. En *Directorio de vida contemplativa*, nn. 17 y 178.

¹⁰ EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS-STEGGINK, OTGER, *Tiempo y vida de San Juan de la Cruz*, BAC, Madrid 1992, 80.

¹¹ *Llama de amor viva*, canción III, 11 (3Ll 11). En *San Juan de la Cruz. Obras completas*, Monte Carmelo, Burgos 2007-2ª reimpr., 1046. Todas las veces que se citen las obras del santo, se hace según esta edición.

I

LA VIDA ESPIRITUAL COMO UN «TROCAR LO CONMUTABLE POR LO INCONMUTABLE»

«La idea directriz de un gran sistema de pensamiento» —dice un autor— «es la intuición central que, prevista por el pensador, forma la base para el desarrollo metafísico y lógico del sistema. En el caso de san Juan de la Cruz no se trata de un sistema de pensamiento puro, sino de un sistema cuya dialéctica responde al desarrollo de una experiencia vital [se refiere a la experiencia mística]. El sistema del santo es el *movimiento* del alma mística. Por eso *su idea directriz es la causa final de este movimiento: la unión de amor*»¹². Según esto, la idea de la «unión de amor entre Dios y el alma» es el nervio de toda la enseñanza sanjuanista, pues la recorre y la anima desde el principio hasta el final. «Todo lo que en san Juan de la Cruz se nombra *sistema*, todas las *ideas-fuerza*, todo el armazón esquemático, toda la dinámica del hombre, las muchas repeticiones, las concordancias y analogías, *apuntan al vértice generador de la unión*»¹³.

¹² URBINA, FERNANDO, *La persona humana en san Juan de la Cruz*, Instituto social León XIII, Madrid 1956, 272.

¹³ LUCINIO RUANO DE LA IGLESIA, «Iniciación en san Juan de la Cruz». En *San Juan de la Cruz. Obras completas*, BAC, Madrid 2014²-6ª reimpr., 37.

Muchos otros buenos autores son de esta misma opinión, que parece acertada, aunque tiene ribetes. Así, por ej., el siguiente texto: «“La igualdad de amor” entre el alma y Dios es, en la mente del Doctor Místico, lo que él llama “la unión del alma con Dios”; y ésta es el tema central de la síntesis sanjuanística, del cual dependen necesariamente los puntos particulares de su

Esta unión de amor de que habla el santo es, como se ve por la propia expresión, una *unión de dos voluntades*, la de Dios y la del hombre, con primacía de la divina por sobre la humana, la cual se sujeta a querer y no querer lo que Dios quiere y no quiere, por amor del propio Dios. En este sentido, esta unión es el fin de la vida espiritual, su objetivo y su culmen. Es el término del movimiento místico (espiritual) del alma, en su concreción, que muchos maestros espirituales llaman «matrimonio»¹⁴. Pero a la vez, y por el hecho de ser su fin, la unión se presenta también como inicio o punto de partida de la vida del alma; al menos, una cierta unión, que «nos toca» con Dios y nos mueve desde dentro –y también, en algunos casos, desde fuera– para emprender y avanzar en el esfuerzo por esa conformación plena de nuestra libertad a la libérrima Libertad de la Trinidad¹⁵.

doctrina» (JUAN DE JESÚS MARÍA, «“Le amaré tanto como es amada”. Estudio positivo sobre “la igualdad de amor” del alma con Dios en las obras de san Juan de la Cruz». En *Ephemerides carmeliticæ*, VI [1955], 6).

¹⁴ Imagen arquetípica de la unión con Dios, originada según su expresión poética mística en el texto bíblico del Cantar de los Cantares de Salomón, y desde allí transformada en una de las expresiones más caracterizadas de la tradición mística cristiana. SAN JUAN DE LA CRUZ la usó como una de sus imágenes centrales y determinantes para expresar el proceso de perfección del alma. Uno de sus textos más significativos es aquel de *Cántico espiritual – segunda redacción (CB)*, canción 22, 3 [*Obras*, 834-835].

¹⁵ «Los cimientos del sistema sanjuanista son los de la unión del hombre con Dios según leyes de la presente economía de la gracia. Nuestro maestro “ha salvado los tres postulados: la solidez de los extremos y la firmeza de la unión”. Los aborda y se los plantea desde que comienza y permanecerá fiel hasta la última página: a) término de donde sale el hombre; b) el camino y el término por donde ha de ir el alma a esta unión; c) término a donde va, Dios. Naturalmente, este término *ha de estar desde el principio presente y originando todo el dinamismo del caminar*. Es esa fijación en Dios la que *progresivamente va prestando firmeza al proceso de unión*. Los datos sobre Dios son inamovibles, revelados y servidos por sus mecanismos vivos e infalibles. Lo problemático

La fuerza de la unión articula, pues, desde el inicio todo el progreso espiritual, poniéndolo en tensión —siempre más irresistible— respecto de la *transformación total en Dios*, que viene a ser la condición (noches activas) y el efecto, en parte (noches pasivas), de la dicha unión:

«¡Oh noche que juntaste
Amado con amada,
amada en el Amado transformada!»¹⁶.

Una de las imágenes más típicamente sanjuanistas, cual es la del rayo del sol y la vidriera o cristal, ayuda a comprender el sentido que da el santo a este proceso de *unión que transforma*, que «hace uno» por medio de la purificación:

«Está el rayo del sol dando en una vidriera. Si la vidriera tiene algunos velos de manchas o nieblas, *no la podrá esclarecer y transformar en su luz totalmente* como si estuviera limpia de todas aquellas manchas y sencilla. Antes tanto menos la esclarecerá cuanto ella estuviere menos desnuda de aquellos velos y manchas, y tanto más cuanto más limpia estuviere. Y no quedará por el rayo, sino por ella; tanto, que, si ella estuviere limpia y pura del todo, *de tal manera la transformará y esclarecerá el rayo, que parecerá el mismo rayo y dará la misma luz que el rayo*. Aunque, a la verdad, la vidriera, aunque se parece al mismo rayo, tiene su naturaleza distinta del mismo rayo: mas podemos decir que aquella vidriera *es rayo o luz por participación*. Y así, el

de esta fe “vívida” está en la fijación unitiva en el extremo-hombre» (LUCIANO R. DE LA IGLESIA, «Iniciación...», 37-38).

¹⁶ *Poesías. Noche oscura (Canciones del alma que se goza de haber llegado al alto estado de perfección, que es la unión con Dios, por el camino de la negación espiritual)*, estr. 5 [*Obras*, 55].

alma es como esta vidriera, en la cual siempre está embis-
tiendo o, por mejor decir, en ella está morando esta divina
luz del ser de Dios por naturaleza»¹⁷.

«Estas comparaciones» —comenta, sobre el texto ci-
tado, el beato Ma. Eugenio del Niño Jesús— «demuestran
cómo la gracia, participación de la vida divina, al penetrar
en las profundidades del alma, realiza progresivamente *su
obra de conquista y de transformación*, dominando las po-
tencias naturales sin destruirlas e imponiéndoles sus pro-
piedades. De este modo el alma *se convierte en Dios por
participación*. *La gracia no transforma* [y esto a mí me pa-
rece decisivo] *sino para unir más a Dios*. *Unión y transfor-
mación van paralelas*. Efectivamente, esa es la propiedad
esencial del amor, y esa gracia es caridad como Dios es
amor»¹⁸.

La caridad, como entonces queda claro, es la que impe-
ra sobre todo el proceso de santificación. La Caridad infini-
ta precedente de Dios es la causa última de toda la relación
creatura-Creador, sea en el orden natural como en el orden
sobrenatural. La caridad, en el hombre, como virtud teolo-
gal, obra la purificación de la voluntad, potencia tendencial

¹⁷ *Subida al Monte Carmelo*, libro II, capítulo 5, 6 (2S 5, 6) [*Obras*, 239-240].
En nota al pie se citan paralelos de esta imagen del cristal y la luz del sol, tan
usada por san Juan de la Cruz en su enseñanza. Para comprender mejor el
lugar y el sentido que este símil, tan caro al santo, tiene en toda su obra, se
puede ver PACHO, EULOGIO, «Vidriera y rayo del sol». En PACHO, E. (dir.),
Diccionario de san Juan de la Cruz, Monte Carmelo, Burgos 2006, 1515 y ss.

¹⁸ B. MARÍA EUGENIO DEL NIÑO JESÚS, *Quiero ver a Dios*, Editorial de espi-
ritualidad, Madrid 2002, 1128.

del alma y dueña de todo su obrar en orden al fin¹⁹. Desde la caridad y por la caridad, Dios hace su obra en la creatura racional, transformándola por medio de las purificaciones, con el fin de unirla a Él de manera cada vez más íntima y estable. Esta intimidad y estabilidad de la caridad se debe ir perfeccionando en el hombre hasta hacerse, en la cima del Monte, un amor «igual» al de Dios. De hecho, la cualidad fundamental de la caridad como amistad perfecta es que *nos «iguala» con Dios* en el amor²⁰. San Juan de la Cruz lo afirma

¹⁹ «La struttura morale della persona umana fa capo alla *libertà della volontà*» (FABRO, C., *L'Anima*, EDIVI, Segni 2005, 87).

Cf. *ib.*, 89: «...si comprende come dal punto di vista dinamico la forma più adeguata e compiuta dell'immanenza spirituale sia quella della volontà in quanto essa contiene in sé il principio, i mezzi e il termine dell'agire proprio, come anche delle altre facoltà soggette alla coscienza [...] In questa pienezza del suo dominio nella tendenza al fine, la volontà dello spirito finito è mossa direttamente da Dio come da prima causa per un "divino istinto" [...] È chiaro che questa prima mozione della volontà da parte di Dio che muove... *sicut universalis motor ad universale obiectum voluntatis quod est bonum et sine hac universalis motione homo non potest aliquid velle*, va distinta dalla mozione seconda (o "applicazione" della causa seconda all'agire concreto) che riguarda la scelta particolare quando *homo per rationem determinat se ad volendum hoc vel illud vel quod est vere bonum vel apparens bonum*; e soprattutto essa va distinta dalla mozione speciale, ch'è propria dell'ordine soprannaturale della Grazia [*S. Th.*, I-II, 9, 6, ad 3um e infine: 109, 6; 112, 1]».

²⁰ «...nec benevolentia sufficit ad rationem amicitiae, sed requiritur quaedam mutua amatio, quia amicus est amico amicus. Talis autem mutua benevolentia fundatur super aliqua communicatione. Cum igitur sit aliqua communicatio hominis ad Deum secundum quod nobis suam beatitudinem communicat, super hac communicatione oportet aliquam amicitiam fundari [...] Amor autem super hac communicatione fundatus est caritas. Unde manifestum est quod *caritas amicitia quaedam est hominis ad Deum*» (*S. Th.*, II-II, 23, 1); «... [amicitia perfecta] *similis sit uterque amicorum ab altero*, quod requiritur ad amicitiam, propter hoc scilicet quod sunt similes in virtute» (SANTO TOMÁS DE AQUINO, *In VIII Ethic.*, l. 3, n. 23); «...ut homo ad hoc principaliter intendat *ut Deo inhaereat et eo fruatur*, hoc pertinet ad perfectos» (*S. Th.*, II-II, 24, 9).

con expresiones de gran atrevimiento, como cuando comenta los versos del *Cántico* que dicen

«Allí me mostrarías

aquello que mi alma pretendía»:

«Esta pretensión *es la igualdad de amor* que siempre el alma natural y sobrenaturalmente desea, porque *el amante no puede estar satisfecho si no siente que ama cuanto es amado*. Y como ve el alma la verdad de la inmensidad del amor con que Dios la ama, no quiere ella amarle menos altamente y perfectamente, y para esto *desea la actual transformación*, porque *no puede el alma venir a esta igualdad y entereza de amor si no es en transformación total de su voluntad con la de Dios*, en que de tal manera se unen las voluntades, que *se hace de dos una y, así, hay igualdad de amor*. Porque la voluntad del alma, convertida en voluntad de Dios, toda es ya voluntad de Dios, y no está perdida la voluntad del alma, sino hecha voluntad de Dios, y así, el alma ama a Dios con voluntad de Dios, *que también es voluntad suya; y así, le amará tanto como es amada de Dios*, pues le ama con voluntad del mismo Dios, en el mismo amor con que él a ella la ama, que es el Espíritu Santo, que es dado al alma, según lo dice el Apóstol (Rom 5, 5), diciendo: *Gratia Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum qui datus est nobis*, que quiere decir: *La gracia de Dios está infusa en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos es dado*. Y así ama en el Espíritu Santo a Dios junto con el Espíritu Santo, *no como con instrumento, sino juntamente con él, por razón de la transformación*, como luego

«Se trata, por lo tanto, *del amor perfecto*. Amar a Dios perfectamente» (FR. JUAN DE JESÚS MARÍA, «Estudio positivo sobre “la igualdad de amor”...», 18).

se declarará, supliendo lo que falta en ella *por haberse transformado en amor ella con él*²¹.

Así, en la perfección de la caridad –en cuanto se puede en esta vida, tras muchos trabajos, y como premio de plenitud en la eternidad–, el alma alcanza a unirse a Dios de modo tal que los amores ya son iguales («le amará tanto como es amada») y un único amor («de tal manera se unen las voluntades, que se hace de dos una»): «...el alma devuelve todo a Dios, porque no se guarda nada, no se encariña con nada para sí misma»²². La *fidelidad* es la nota distintiva de ese amor unificado, porque es plenitud total y transformada de los querer del alma y de Dios. La aceptación fiel de parte nuestra en cumplir toda la voluntad de Dios para nosotros,

²¹ *Cántico espiritual* – primera redacción (CA), canción 37, 2 [Obras, 1279]; cf. también CA 37, 3-4 [Obras, 1279-1280].

FR. JUAN DE JESÚS MARÍA, en su tesis («Estudio positivo sobre “la igualdad de amor”...», 6), refiere los textos del santo «reconocidos comúnmente como fundamentales en esta materia»: además de éste y de su paralelo en CB 38, 3*-4* [Obras, 922-923] (que presenta alguna modificación, especialmente haciendo hincapié en la igualdad de amor que se dará perfectamente en la visión beatífica, completando el proceso de perfección del alma para siempre); el comentario a las palabras «aspirar del aire» (CA 38, 2-5 [Obras, 1282-1284]; CB 39, 3*-7* [Obras, 928-931]); y el de los últimos dos versos de la tercera estrofa de *Llama de amor viva* (3Ll 77-85 [Obras, 1110-1118]).

²² «A veces ha habido confusiones en estas cosas: ¿quiere decir esto que el alma es capaz de un amor infinito, de todo el amor que Dios le da? No, hay que explicarlo de esta manera: el alma, en este momento, por la plenitud de amor en ella, ofrece *todo* a Dios, da todo lo que ella es, todo lo que ha recibido. San Juan de la Cruz dice: *da Dios a Dios* [Cf. 3Ll 78. Obras, 1111-1113]. Dios se ha entregado a ella, es todo lo que ella le ofrece a Dios. *Hay igualdad de amor en el sentido de que el alma devuelve todo a Dios, porque no se guarda nada, no se encariña con nada para sí misma*. Ésa es la igualdad de amor de la que habla san Juan de la Cruz» (B. MARÍA EUGENIO DEL NIÑO JESÚS, *San Juan de la Cruz. Presencia de luz*, Editorial de espiritualidad, Madrid 2003, 296. Trad.: P. Juan Montero).

en cada una de nuestras decisiones y criterios, es el modo de la conformación con Él. Por eso cuando se describe la unión, en su ápice, como un matrimonio, se busca expresar también, además de la entrega mutua, *esta estabilidad en el amor*, que es una especie de *participación de la inmutabilidad de Dios en nuestra voluntad* informada por la virtud sobrenatural de la caridad²³. «Porque en el desposorio» —dice el santo— «sólo hay un igualado en sí, y una sola voluntad de ambas partes y joyas y ornato de desposada, que se las da graciosamente el desposado; mas *en el matrimonio hay también comunicación de las personas y unión*»²⁴; a lo cual agrega el beato Ma. Eugenio que esta *«unión es estable, como la transformación sobre la que descansa»*²⁵. «Cuando se habla de *santidad*» —dice por su parte santo Tomás de Aquino— «corresponde atender a dos cosas: una es la *pureza*, [...] la otra es la *estabilidad* [*comportat firmitatem*]... Se exige la estabilidad [o firmeza] para que el alma se una a Dios. Porque se une a Él como a su Fin Último y a su Primer Principio, extremos los cuales han de ser necesariamente de máxima inmovilidad. De donde afirma el Apóstol: *Estoy cierto de que ni muerte ni*

²³ «...se trata de una especie de *impecabilidad* semejante a la de los bienaventurados, mediante un gran aumento de la caridad que cada vez nos aleja más del pecado [...] y se completa por una *especial protección de Dios*, que aleja las ocasiones de pecar y da fortaleza cuando ésta es necesaria, de suerte que el alma queda, para en adelante, preservada de pecado mortal, y aun casi siempre de venial deliberado» (GARRIGOU-LAGRANGE, R., *Las tres edades de la vida interior*, t. II, Palabra, Madrid 1985⁴, 1119-1120. Sigue el a. en este punto a los Salmanticenses [Cf. *De gratia*, q. 110, disp. III, dub. XI, n. 259]).

²⁴ 3Ll 24 [Obras, 1057].

²⁵ B. MA. EUGENIO DEL NIÑO JESÚS, *Quiero ver a Dios*, 1129.

vida podrán apartarme jamás del amor de Dios (Rom 8, 38-39)»²⁶.

Se entiende, desde todo lo dicho, por qué afirma san Juan de la Cruz que «para que el alma vaya a Dios antes ha de ir no comprendiendo que comprendiendo; y *hase de trocar lo conmutable y comprehensible por lo inconmutable e incomprehensible*»²⁷. Porque en el proceso de perfeccionamiento espiritual a que ella se dispone, y luego Dios la somete, el alma recibe una conformación intencional y efectiva a lo que Dios ama desde siempre y sin mudarse, en modo tal que viene a ser también ella *inconmutable por participación*, lo cual se echa de ver sobre todo en los motivos de sus decisiones y en sus criterios sobrenaturales, es decir, tomados «muy según Dios»²⁸.

Explica santa Teresa Benedicta de la Cruz, en este sentido, que el «espíritu humano, en cuanto espíritu, está hecho conforme al modelo de un ser imperecedero, inmutable» y manifestación se ve de esto «en la inmutabilidad que atribuye a sus propios estados anímicos», lo cual no deja de ser «una ilusión, puesto que el espíritu en su existencia temporal se halla sujeto a mudanzas»²⁹. Sola la transformación total de la unión —que es estática y dinámica mientras dure en es-

²⁶ «nomen sanctitatis duo videtur importare. Uno quidem modo, munditiam [...]. Alio modo importat firmitatem [...]. Firmitas etiam exigitur ad hoc quod mens Deo applicetur. Applicatur enim ei sicut ultimo fini et primo principio, huiusmodi autem oportet maxime immobilia esse. Unde dicebat apostolus, Rom. 8, *certus sum quod neque mors neque vita separabit me a caritate Dei*» (S. Th., II-II, 81, 8).

²⁷ 3S 5, 3 [*Obras*, 419].

²⁸ 3S 23, 1 [*Obras*, 466].

²⁹ STEIN, EDITH, *Ciencia de la Cruz*, Monte Carmelo, Burgos 2011⁵, 241.

ta vida³⁰— alcanza esta aspiración del ser espiritual. Sin esa *estabilidad participada* del Amor eterno de Dios, el alma vaga en sus motivos volubles, haciéndose superficial e inconstante, y confundiendo en sus criterios la inmutabilidad de la Voluntad de Dios con su propia veleidad, tal como dice el santo de aquellos que «querrían que quisiese Dios lo que ellos quieren, y se entristecen de querer lo que quiere Dios, con repugnancia de acomodar su voluntad a la de Dios. De donde les nace que, muchas veces, en lo que ellos no hallan su voluntad y gusto, piensen que no es voluntad de Dios; y por el contrario, cuando ellos se satisfacen, crean que Dios se satisface, *midiendo a Dios consigo, y no a sí mismos con Dios*, siendo muy al contrario lo que él mismo enseñó en el Evangelio (Mt 16, 25), diciendo que *el que perdiese su voluntad por él, ese la ganaría, el que la quisiese ganar, ése la perdería*»³¹.

Quien a sí mismo se mide con Dios en todo es un «perfecto»; es el que enraíza en Él sus decisiones, y sobre todo aquellas —o aquella, quizás— que más radicalmente lo determinan. «La posibilidad de “moverse” en sí misma se funda en la “posibilidad de formación del Yo” del alma» —dice también Edith Stein; y continúa— «El *yo* es en el alma aquello por lo que ella se posee a sí misma y lo que en ella se mueve como en su propio “campo”. *El punto más profundo es al mismo tiempo el lugar de su libertad: el lugar, donde puede*

³⁰ Porque es siempre susceptible, aun en su estabilidad, de mayor perfección, especialmente a partir de su repetida actuación: «Aun *siendo estable y permanente*, la unión transformante se presenta, con todo, *en estados diferentes y susceptibles de progresos*» (B. MA. EUGENIO DEL NIÑO JESÚS, *Quiero ver a Dios*, 1129). Cf. CB 26, 11 [*Obras*, 861].

³¹ *Noche oscura*, I, I, c. 7, 3 (1N 7, 3) [*Obras*, 560]. Hago notar la traducción bien propia del santo: «el que perdiese su *voluntad*».

concentrar todo ser y puede decidir. Decisiones libres de menor importancia podrán, en cierto modo, ser tomadas desde un punto situado “mucho más al exterior”; pero serán decisiones “superficiales”; será pura “casualidad” el que una decisión así sea la adecuada, *porque únicamente partiendo desde el centro más profundo se tiene la posibilidad de medir todo con la regla última*; y, tampoco ser *finalmente* una decisión libre, porque *el que no es dueño absoluto de sí mismo, no puede disponer con verdadera libertad, sino que “se deja determinar”*³².

* * *

Como final de este primer punto, un poco más especulativo, creo que se puede resumir —en parte repitiendo lo ya dicho— que, para san Juan de la Cruz, todo nuestro movimiento espiritual consiste en una respuesta personal a una atracción que la Trinidad nos hace desde su Trascendencia, para que participemos de la Inmutabilidad de su Querer, lo cual se obra en nuestras vidas por la adquisición de criterios y motivos sobrenaturales, y por tanto, estables, y en cierto sentido, eternos, que nos determinan a conformar la dirección de nuestras obras libres desde el más profundo centro del alma, que es el lugar de la Unión mística de nuestro amor y el Amor de las Divinas Personas. «En la misma plenitud en que el entendimiento unido a Dios acoge la Sabiduría, también la refleja. Y en la perfección en la que la vo-

³² STEIN, E., *Ciencia de la Cruz*, 213.

luntad está unida a la bondad divina, ella le devuelve a Dios en Dios»³³.

La aplicación de esta alta doctrina en la vida propia tiene que producir como resultado una entrega total, radical en todos los órdenes, para movernos hacia allí decididamente. En los puntos siguientes espero se podrá ver el efecto absoluto que tuvieron estas ideas en la configuración de la personalidad eminentemente espiritual de san Juan de la Cruz. Para que verlo en la cima y reconocer el camino por él recorrido, nos ponga confiadamente en marcha, recordando este consejo de otro gran autor espiritual: «...lo esencial es la gracia, el movimiento de la gracia, no hay más que esto. *Creo que la mirada en las cumbres puede ayudarnos a ver lo que hay que desarrollar en el alma.* No se trata de la carrera hacia el fenómeno y hacia la gracia mística, sino de la carrera hacia el desarrollo de la gracia misma, en lo que tiene de esencial, por la búsqueda de Dios, el contacto con Dios y, al mismo tiempo, por la vida sacramental: eso es lo máspreciado, es lo esencial»³⁴.

³³ STEIN, E., *Ciencia de la Cruz*, 271.

³⁴ B. MA. EUGENIO DEL NIÑO JESÚS, *Presencia de luz*, 308.

II

LA RESPUESTA DEL SANTO: JUAN DE LA CRUZ, EL INCONDICIONAL

La famosa letrilla -conocida por su primer verso- *Nada te turbe*, condensa muchas de las ideas que puse en la primera parte, y lo hace mejor, porque en lenguaje y forma poéticos. Atribuida hodiernamente a santa Teresa, tiene en sí líneas directivas temáticas muy típicamente sanjuanistas. De hecho, un gran conocedor de ambos místicos, como es el padre José Vicente Rodríguez, carmelita descalzo de Toledo, en un trabajo bastante reciente publicado en algunos números de la revista *San Juan de la Cruz*, asegura con buenos argumentos que la crítica interna y externa descartan la autoridad teresiana, y proponen fuertemente como autor de los versos al propio Doctor Místico³⁵. Más allá de los aspectos técnicos, y de la fuerza que se quiera dar al dato tradicional (bastante tardío, por otra parte), hay que reconocer lo serio del análisis formal de la pieza, en el cual sigue el autor al maestro Víctor García de la Concha, antiguo director de la Real Academia Española, quien señala la articulación de toda la letrilla «en tres ejes semánticos: *nada, todo, Dios*», de los cuales el tercero actúa «como eje central que orienta el

³⁵ RODRÍGUEZ, JOSÉ V., «*Nada te turbe, / nada te espante...* (Parte I)». En *San Juan de la Cruz*, 48 (2013-2014 [II]), 323-332; «*Nada te turbe, / nada te espante* (Parte II)». En *San Juan de la Cruz*, 49 (2015), 155-163.

Dice el a. al final de su exposición: «Concluyendo... 1. La letrilla *Nada te turbe* no es obra de santa Teresa de Jesús. 2. Lo más posible, y lo más seguro, es que sea de san Juan de la Cruz» (163).

significado de los dos primeros»³⁶. Aquí agrega el p. José V. Rodríguez «que si alguien se caracteriza por servirse de los tres ejes semánticos señalados (nada, todo, Dios) es Juan de la Cruz»³⁷, y prueba lo dicho con la referencia meramente material a la frecuencia de los términos y con una serie de textos que nos pueden servir de pórtico para entrar a tratar el tema de la incondicionalidad del santo en toda su vida. Porque en el corazón de esta poesía *se encuentra la fuente espiritual de la incondicionalidad más radical y auténtica*, dicha con llaneza insoslayable: «*Dios no se muda*».

Dios, porque es «fiel y rico en promesas»³⁸, «no se mueve»³⁹, no muda su fidelidad «porque no puede negarse a sí mismo» (2Tim 2, 13). Asimilar esta verdad en nuestra vida espiritual significa transformarla toda en una aspiración «a lo celeste, que siempre dura»⁴⁰: una aspiración que tiene que ser plena, permanente y confiada, porque tener siempre *nostra conversatio in cælis* (cf. Fil 3, 20) no significa solamente esperar la estabilidad de la vida eterna, sino ir haciendo con cada acto, por la gracia de Dios, una elección radical en nuestra propia eternidad subjetiva. Ir haciéndonos eternos, e ir haciendo nuestra propia eternidad, en todo aquello que Dios dispone que dependa de nosotros, y particularmente en el olvido místico de toda futilidad del mundo, porque

³⁶ Cf. GARCÍA DE LA CONCHA, VÍCTOR, *El arte literario de Santa Teresa*, Ariel, Barcelona 1978, 373 ss. Cit. en RODRÍGUEZ, J., «*Nada te turbe*,... (II)», 159.

³⁷ «*Nada te turbe*,... (II)», 160.

³⁸ S. TERESA, *Poesías* [30]. *Nada te turbe*, estr. 4. En *Obras completas*, 514.

³⁹ 3L/11 [*Obras*, 1046].

⁴⁰ *Íd.*, nota 38.

«todo se pasa»⁴¹. Tal así lo recomienda san Juan de la Cruz: «Procure conservar el corazón en paz; no le desasosiegue ningún suceso de este mundo; mire que todo se ha de acabar»⁴².

Esa es la visión que hay que tener respecto, básicamente, a todo aquello que no es Dios; y particularmente con relación a los eventos, circunstancias, preocupaciones o afeciones que parecerían poder alterar humanamente al alma y hacerla desentenderse o retrasarse en su camino de santificación. «*No es de voluntad de Dios que el alma se turbe de nada*» —dice el santo— «ni que padezca trabajos; que, *si los padece en los adversos casos del mundo, es por la flaqueza de su virtud, porque el alma del perfecto se goza en lo que se pena la imperfecta*»⁴³. Es una buena definición descriptiva de la incondicionalidad que ha de distinguir a los verdaderamente espirituales.

Más extensamente lo explica el santo en un pasaje del libro III de la *Subida al Monte Carmelo*, en el capítulo 6 [*«De los provechos que se siguen al alma en el olvido y vacío de todos los pensamientos y noticias que acerca de la memoria naturalmente puede tener»*]; donde luego de mencionar tres ventajas de ese «olvido y vacío» —de las cuales la primera es que el alma «goza de tranquilidad y paz del ánimo, pues *carece de la*

⁴¹ S. TERESA, *Poesías* [30]. *Nada te turbe*, estr. 3. En *Obras completas*, 514.

⁴² *Avisos espirituales*, 181 (6. Otros avisos recogidos por la ed. de Gerona, 32) [*Obras*, 115]. En la edición crítica de las *Obras completas* de san Juan de la Cruz preparada por el p. José Vicente Rodríguez y el p. Federico Ruiz Salvador para la Editorial de Espiritualidad, Madrid 2009⁶, la numeración es diferente; allí se registra este aviso con el n. 153 (pág. 113).

⁴³ *Avisos*, 57 (1. Dichos de luz y amor) [*Obras*, 99; EDE, n. 56 (105)].

turbación y alteración que nacen de los pensamientos y noticias de la memoria»— pone una conclusión con la que «baja al terreno de cada día»⁴⁴, casi como retratándose a sí mismo en sus mil pruebas:

«...aunque otro provecho no se siguiese al hombre que las penas y turbaciones de que se libra por este olvido y vacío de memoria, era grande ganancia y bien para él. Pues que las penas y turbaciones que de las cosas y casos adversos en el alma se crían, de nada sirven ni aprovechan para la bonanza de los mismos casos y cosas; antes de ordinario, no sólo a éstos, sino a la misma alma dañan. Por lo cual dijo David (Sal 38, 7): *De verdad, vanamente se conturba todo hombre*. Porque claro está que siempre es vano el conturbarse, pues nunca sirve para provecho alguno. Y así, *aunque todo se acabe y se hunda y todas las cosas sucedan al revés y adversas, vano es el turbarse, pues, por eso, antes se dañan más que se remedian*. Y llevarlo todo con igualdad tranquila y pacífica, no sólo aprovecha al alma para muchos bienes, sino también *para que en esas mismas adversidades se acierte mejor a juzgar de ellas y ponerles remedio conveniente*.

De donde, conociendo bien Salomón (Ecli 3, 12) el daño y provecho de esto, dijo: *Conocí que no había cosa mejor para el hombre que alegrarse y hacer bien en su vida. Donde da a entender que en todos los casos, por adversos que sean, antes nos habemos de alegrar que turbar*, por no perder el mayor bien que toda la prosperidad, que es la tranquilidad del ánimo y paz en todas las cosas adversas y prósperas, *llevándolas todas de una manera*. La cual el hombre nunca

⁴⁴ RODRÍGUEZ, J., «*Nada te turbe...* (II)», 161.

perdería si no sólo se olvidase de las noticias y dejase pensamientos, pero aun se apartase de oír, y ver, y tratar cuanto en sí fuese. Pues que nuestro ser es tan fácil y deleznable, que, aunque esté bien ejercitado, apenas dejará de tropezar con la memoria en cosas que turben y alteren el ánimo que estaba en paz y tranquilidad, no se acordando de cosas. Que por eso dijo Jeremías (Lm 3, 20): *Con memoria me acordaré, y mi alma en mi desfallecerá con dolor*⁴⁵.

Por cuatro motivos, que son actitudes espirituales suyas, podemos decir que se cumple en san Juan de la Cruz su propia recomendación de llevar adelante toda situación natural y sobrenatural «de una manera», que es decir de manera incondicional, inalterable, determinándose y midiéndose a sí mismo siempre según Dios:

1. Por su perseverancia irrefragable en las tribulaciones

Es este quizás el aspecto más visible, porque es en sí el más externo: una especie de termómetro de la incondicionalidad del alma.

De hecho, la paz de Jesucristo —esa que «el mundo es incapaz dar» (cf. Jn 14, 27)— puede hasta cierto punto imitarse en los momentos favorables, o de consuelos y bonanzas, sea en el plano espiritual como en el plano humano. Sin embargo, es de todo punto de vista infalsificable, en su función de «peso» vital del espíritu, durante aquellos momentos

⁴⁵ 3S 6, 1-4 [*Obras*, 419-421].

de dificultad que necesariamente han de atravesarse en el camino de la vida.

San Juan de la Cruz tenía ciertamente muy en claro que la fidelidad se prueba sobre todo en la tribulación [cf. Rom 5, 3-4; «el que no ha sido tentado, ¿qué sabe?» (Sir 34, 9)], y mantuvo, en todas las cruces que le tocó pasar, una perseverancia intocable. La convicción del valor insustituible de la cruz para *fijarse* en el amor de Dios le otorgó, con la ayuda sobreabundante de la gracia, *una realmente extraordinaria capacidad de sufrimiento físico y moral*, desde los inicios de su vida hasta los más altos grados de la unión.

En este sentido, dice santa Edith Stein acerca de lo que ella llama «el título nobiliario “de la Cruz”», elegido por el santo al comenzar la Reforma descalza, que era «el símbolo de lo que él buscaba»: «... se expresaba en ello una característica esencial de la Reforma: *seguimiento de Cristo por el camino de la cruz*»⁴⁶. Y aclara más adelante: «Juan simbolizó con el cambio de nombre *que la cruz se encontraba como distintivo de su vida*»⁴⁷. Y era un distintivo no solamente nominal, sino bien *real*, es decir, que impregnaba sus decisiones y empapaba sus criterios, como señala la propia comentarista: «Se trata de una verdad bien conocida –una teología de la cruz–, pero *verdad viva, real y operante*: como un grano de trigo que se siembra en el alma, echa raíces y crece, así da al alma un sello característico y la determina en sus acciones y omisiones, de tal modo que por ellas resplandece y se mani-

⁴⁶ *Ciencia de la Cruz*, 47.

⁴⁷ *Ídem*.

fiesta»⁴⁸. A esta manera de comprometer la «teoría» de la cruz en las decisiones más íntimas, o personales, la llama santa Teresa Benedicta de la Cruz –y la expresión es muy sugestiva, a mi modo de ver– el «*realismo del santo*»⁴⁹, que quiere decir básicamente que la ciencia del Crucificado expresa más que una concepción determinada de lo que ocurrió en el Calvario y se participa en nuestra vida: implica, en efecto, una totalidad activa, una fuerza dinámica, una «información» (en el sentido metafísico que puede tener el término) del misterio en todo aquello que nos constituye como seres libres. «*Cuando la fuerza de un alma santa acoge de esta manera las verdades de la fe, entonces ella llega a la “ciencia de los santos”*. *Cuando el misterio de la cruz se convierte en su “forma interior”, entonces alcanza la “ciencia de la cruz”*»⁵⁰.

El propio san Juan de la Cruz demostró entender su apellido religioso de este modo cuando en octubre de 1585, siendo Prior del Convento de Los Mártires en Granada, asistió a la toma de hábito de una carmelita en esa misma ciudad, la cual se llamaba desde ese día María de la Cruz: «...la primera vez que fueron al locutorio después de su toma de hábito, las hermanas dijeron a fray Juan: “Quiérala Vuestra Reverencia mucho, que se llama *de la Cruz*”. Y él contestó: “Quererla he yo mucho si ella fuere amiga de la cruz”»⁵¹. Y fue su enseñanza inconcusa y su vivencia incondicional.

⁴⁸ *Ciencia de la Cruz*, 48.

⁴⁹ STEIN, E., *Ciencia de la Cruz*, 49.

⁵⁰ *Ídem*.

⁵¹ RODRÍGUEZ, JOSÉ VICENTE, *San Juan de la Cruz. La biografía*, San Pablo, Madrid 2015², 492-493; con referencia a *Biblioteca mística carmelitana* (BMC), vol. 23, Burgos, 264.

«Crucificada [el alma] interior y exteriormente con Cristo, vivirá en esta vida con hartura y satisfacción de su alma, poseyéndola en su paciencia (Lc 21, 19)»⁵².

En otros trabajos que pude preparar tuve la oportunidad de esbozar los diferentes aspectos de la *presencia de la cruz* en la vida del santo, ya desde aquellos «encuentros tempranos» con ella (orfandad, «ambiente de pobreza y trabajo»⁵³, falta de asilo) en que aprendió a reconocer su aspe-
reza, en la escuela de su madre, Catalina, y de «la Madre dolorosa bajo la cruz»⁵⁴. La condición de pobre le acompañó toda su vida; durante su juventud debió quitar horas al sueño para poder avanzar en sus estudios de Humanidades con los Jesuitas de Medina del Campo, mientras se entregaba «con total dedicación»⁵⁵ a la atención sanitaria y espiritual de los enfermos del Hospital de esa ciudad llamado «de las bubas» en referencia a la vergonzante enfermedad que llevaba allí a sus pacientes. Cuando tomó la decisión de hacerse religioso carmelita lo hizo, como asegura su hermano Francisco, con el deseo de «apartarse más y apretarse más»⁵⁶; y fue la cruz, según Edith Stein, la que lo llevó a pedir un permiso personal para vivir según la Regla Primitiva en Salamanca, y luego a abandonar su Convento de origen y la observancia mitigada para comenzar en Duruelo con la em-

⁵² *Avisos*, 87 (2. Puntos de amor, reunidos en Beas, 8) [*Obras*, 103; EDE, n. 86 (107)]. Usé la formulación de la EDE; sólo difieren en la puntuación.

⁵³ CRISÓGONO DE JESÚS, «Vida de San Juan de la Cruz» en AA. VV., *Vida y obras de san Juan de la Cruz*, BAC, Madrid 1955, 28.

⁵⁴ Cf. STEIN, E., *Ciencia de la Cruz*, 53.

⁵⁵ EFRÉN-STEGGINK, *Tiempo y vida...*, 80.

⁵⁶ Cf. EFRÉN-STEGGINK, *Tiempo y vida...*, 110.

presa de la Descalcez⁵⁷. La sola fidelidad radical a este compromiso hasta la hora de su muerte basta para entender que hizo de sus días un *quotidie morior* (1Cor 15, 31), convencido como estaba de que el religioso «tiene toda su vida y obras consagradas a Dios, y se las ha de pedir todas el día de su cuenta»⁵⁸. Fue sacrificado como súbdito y como superior, tanto en los aspectos meramente personales como en aquellos comunitarios, en la vida religiosa y en el ministerio sacerdotal. Siempre se mantuvo incólume, no porque no sufriera, sino porque jamás ponía en duda el motivo de su sufrimiento. Fue probado en su salud, fue probado en la pérdida de su fama, fue probado en la ausencia de los bienes que aseguran la vida terrena, y en la pérdida de los consuelos que intentan asegurar la vida del alma. «Acepta con gozo todos los sufrimientos y no intenta eludirlos»⁵⁹.

De modo particular quiero señalar la constancia que se ve en los sufrimientos morales, de los que pasó tantos y tan frecuentemente. Conocida es la triple advertencia del santo para vencer la sensibilidad desordenada (y entrar en la noche del sentido):

«Lo primero, procurar obrar en su desprecio y desear que todos lo hagan [y esto es contra la concupiscencia de la carne].

⁵⁷ Cf. *Ciencia de la Cruz*, 47.

⁵⁸ *Avisos a un religioso para alcanzar la perfección*, 8 [*Obras*, 131].

⁵⁹ BENÍTEZ L., OMAR, «La cruz en la vida espiritual según san Juan de la Cruz». En *Excerpta e Dissertationibus in Sacra Theologia*, vol. XXXV, n. 6, Pamplona 1998, 447.

Lo segundo, procurar hablar en su desprecio y desear que todos lo hagan [y esto es contra la concupiscencia de los ojos].

Lo tercero, *procurar pensar bajamente de sí en su desprecio y desear que todos lo hagan [también contra sí, y esto es contra la soberbia de la vida]*⁶⁰.

Los padecimientos que tocan el orgullo son claramente los más difíciles de llevar con serenidad y verdadera paz; y son, por ello mismo, los que más ponen a prueba la incondicionalidad de nuestro servicio de Dios. Muchas veces, por medio de los sufrimientos morales o espirituales –que van desde la deshonra y la calumnia a la traición e ingratitud, pasando por las desolaciones interiores y la experiencia de los fracasos y límites propios–, Dios nos exige pruebas de nuestro amor más sincero, de esa conformación bien interior y radical que implica la renuncia –entiéndase bien– incluso a nuestras propias fuerzas espirituales como medios, y a nuestro poder de autodeterminación pleno como fuerza. De allí que se los llame sufrimientos «pasivos», en cuanto escapan a nuestra intención en sí mismos y sólo la someten cuando se logra identificar tras ellos el dedo de Dios. Es el fondo del ignaciano deseo de «*ser tenido por vano y loco por Cristo, que primero fue tenido por tal*» [EE, 167].

San Juan de la Cruz vivió efectivamente casi «una vida» de padecimientos morales, y los cargó sobre sí del mismo modo que Cristo, con esa entereza y virilidad con que

⁶⁰ 1S 13, 9 [Obras, 215-216].

Texto paralelo, con ligeros matices de forma y sin referencia explícita a la triple concupiscencia, en *Avisos*, 125 (3. Avisos copiados por Magdalena del Espíritu Santo, en Beas, 4) [Obras, 109; EDE, n. 162 (115)].

Nuestro Señor tomó su Cruz yendo al Calvario. Un momento crucial de este camino fueron las pruebas interiores que se siguieron a su ordenación sacerdotal, en el verano de 1967, respecto de su identidad como religioso carmelita y como ministro digno de la celebración eucarística. Las inmensas dudas que pudo haber tenido entonces no le movieron jamás a «hacer mudanza» [cf. EE, 318], sino a permanecer fiel a lo una vez ya visto, «obrando contra la desolación» de aquellos pensamientos. Dios, por medio del encuentro con santa Teresa, vino en ayuda de su perseverancia en el Carmen⁶¹. Y antes de celebrar su Primera Misa en Medina del Campo recibió el premio de su fidelidad al ser confirmado en gracia como respuesta a su entrega generosa hecha a Jesucristo de que «*le preservase de ofenderle, y no de penas y trabajos que merecía* si, dejándole su Majestad de su mano, le ofendiera»⁶²; experimentó desde entonces y de una manera muy viva la continuidad y unidad orgánica «entre

⁶¹ Todos los biógrafos del santo destacan este encuentro con santa Teresa, «providencial e histórico de gran trascendencia en la vida de ambos personajes y para el bien del mundo y de la Iglesia» (RODRÍGUEZ, J. V., *San Juan de la Cruz...*, 165). La propia santa lo relata al vivo y sirve de fuente primordial de las narraciones: «Yo alabé a Nuestro Señor, y hablándole, contentóme mucho y supe de él como se quería también ir a los cartujos. Yo le dije lo que pretendía y le rogué mucho esperase hasta que el Señor nos diese monasterio, y el gran bien que sería, si había de mejorarse, ser en su misma Orden y cuanto más serviría al Señor. El me dio la palabra de hacerlo con que no se tardase mucho» (S. TERESA, *Obras completas*, 528).

⁶² ALONSO DE LA MADRE DE DIOS, *Vida, virtudes y milagros del santo Padre Fray Juan de la Cruz*, EDE, Madrid 1989, 63 (el texto original de esta obra es de 1625; su autor era entonces el postulador de la Causa de canonización del santo, a quien conoció personalmente en Segovia).

los dos momentos del único drama de la Redención: *cruz y altar*»⁶³.

Otra gran prueba de su alma fue sin duda la de la prisión en el Convento de Toledo, en un pequeño habitáculo apenas iluminado donde el santo realizó, a mi manera de ver, una de las hazañas más grandes de la historia cristiana, perseverando sin ninguno de los medios ordinarios de la gracia, fundado solo en su oración confiada y en el auxilio de Dios y de la Virgen Santa, sufriendo humillaciones y vejaciones cotidianas, a lo largo de 9 meses, de parte de sus hermanos en religión y de sus superiores⁶⁴; a toda la cual oscuridad correspondió con el legado de la página más alta de la lírica española, fruto de la hondura mística más honda a la que se llegan los espíritus: el *Cántico espiritual*.

«Pasan los meses» –resume un autor– «en medio de un continuo suplicio: amenazas, comida miserable, suciedad, humillaciones y la “disciplina circular” [No se le permite celebrar la santa Misa ni recibir los sacramentos]. *Y Juan no responde nada*. Le da fortaleza acordarse de Cristo crucificado. Además, *considera todo aquello como su*

⁶³ P. BUELA, CARLOS M., I.V.E., *Sacerdotes para siempre*, IVE Press, Nueva York 2011, 615.

⁶⁴ No entro al detalle de que estaba el santo puesto en cárcel contra la ley y por quien no tenía la autoridad de hacerlo, porque el p. Jerónimo Gracián había recibido del nuncio Ormaneto las facultades de Visitador de los descalzos, y ésta no había sido revocada aún por el nuncio Segá en favor del p. Jerónimo Tostado, que fue quien lo encarceló. Cuando el nuncio Segá revocó los poderes de Gracián, estando en prisión san Juan de la Cruz y sin conocimiento de la nueva disposición, el rey Felipe II vetó la normativa por no haberse dado cuenta de ella al Consejo Real, con lo cual tampoco entonces la autoridad del Tostado era real sobre el santo.

merecimiento»⁶⁵. Esa prisión es imagen de su vida, de su noche y del canto de su espíritu. Se escapó de ella, sí, porque Dios le mostró en la oración que era su deber, y en aquellas circunstancias no había más medio que ése para conocer su Voluntad. Pero incluso entonces no mudaba su disposición martirial y le pedía a Dios «que si era su Voluntad, que allí acabase la vida, que él abrazaría aquel cáliz de buena gana, y que si de otra cosa se sirviese, se lo enseñase»⁶⁶.

Por lo paradigmático del suceso no quiero dejar pasar lo acaecido en Segovia hacia el final de la vida de san Juan de la Cruz, porque es un acontecimiento en el que se encuentra «todo» él. Ocurrió siendo el santo Prior de ese Convento (el que hoy cuida sus reliquias) y Presidente de la Consulta (que era un consejo de gobierno del Vicario General, p. Nicolás Doria). El relato lo debemos a su hermano Francisco, que lo ofrece con «conmovera sencillez»⁶⁷, recordando la última vez en que ambos se encontraron en esta tierra, en Segovia misma, y cómo el santo le invitó a pasear ya entrada la noche por el jardín del Convento para decirle así: «Quiero contaros una cosa que me sucedió con Ntro. Señor. Teníamos un Crucifijo»⁶⁸ en el convento, y estando yo un día delante de él, parecióme estaría más decentemente en la igle-

⁶⁵ BENÍTEZ L., O., «La cruz en la vida espiritual...», 449-450.

⁶⁶ Declaración de su compañero el p. Inocencio de San Andrés (en CRISÓGONO, «Vida», 179).

⁶⁷ STEIN, E., *Ciencia de la Cruz*, 67 (nota 47*).

⁶⁸ «No era exactamente un Crucifijo de bulto, como lo aclara Alonso, sino “una imagen de pincel de Ntro. Señor con la Cruz a cuestras” [ALONSO, *Vida, virtudes y milagros...*, 490]» (EFRÉN-STEGGINK, *Tiempo y vida...*, 800 [nota 155]).

sia, y con deseo de que no sólo los religiosos le reverenciasen, sino también los de fuera, hícelo como me había parecido. Después de tenerle en la iglesia puesto lo más decentemente que yo pude, estando un día en oración delante de él, me dijo: “Fray Juan, *pídeme lo que quisieres, que Yo te lo concederé*, por este servicio que me has hecho”. *Yo le dije: “Señor, lo que quiero que me deis es trabajos que padecer por Vos y que sea yo menospreciado y tenido en poco”*. Esto pedí a Ntro. Señor, y S. M. lo ha trocado de suerte que antes tengo pena de la mucha honra que me hacen, tan sin merecerla»⁶⁹. A lo cual le añadió con clara conciencia de lo reclamado a Cristo: «Si en adelante le dijese, mi hermano, vivo con trabajos y desamparos, no reciba pena; *sepa que ha mucho que los pido a Dios*».

Y Dios se los concedió como última voluntad en el poco tiempo que separó aquella petición de la muerte del santo. Pronto fue dejado sin oficio y relegado en sus funciones de guía espiritual de la Reforma e intérprete de santa Teresa, ya fallecida casi 10 años antes.

«El 30 de mayo de 1591 se abrió en Madrid el Capítulo General de los Descalzos. Antes de viajar allí, se despidió el santo de las carmelitas de Segovia. La Priora, María de la Encarnación, exclamó vivamente impresionada: “Padre, quien sabe si no volverá vuestra reverencia como provincial de esta Provincia”. “Me arrojarán en un rincón, como harapo, como un viejo trapo de cocina”, fue la respuesta. Y así sucedió de hecho. *No recibió ningún*

⁶⁹ El testimonio está registrado en el ms. 12.738, f. 615, de la Biblioteca Nacional de Madrid. Lo tomo de EFRÉN-STEGGINK, *Tiempo y vida...*, 800-801.

cargo y fue enviado a la soledad de La Peñuela. Allí le llegaron noticias de las vejaciones contra las carmelitas. *Eran interrogadas para reunir material contra el santo. Se buscaban motivos para expulsarle de la Orden.* No mucho después, le obligó la última enfermedad a abandonar La Peñuela donde no había ningún tipo de ayuda médica. Así llegó a la última estación de su camino de cruz: Úbeda. Cubierto de llagas purulentas, encontró aquí en el Prior, p. Francisco Crisóstomo, un acérrimo enemigo que *colmó sobreabundantemente su deseo de ser despreciado.* La cima del Gólgota fue alcanzada»⁷⁰.

«Después» —completa otro autor— «viene la difamación: un conjunto de *calumnias de mucho peso* que consiguen crear a su alrededor *desconfianza, frialdad y aislamiento.* Pero él *no protesta*, considera ésta una ocasión más de experimentar en carne propia la “*cruz a secas, que es linda cosa*”. Toma la cruz calladamente, sin lamentarse o justificarse. Únicamente pide que le encomienden a Dios, y escribe: *Filii matris meae pugnaverunt contra me* [...] había deseado, buscado y amado la cruz toda su vida. Y la encontró. Hasta el último instante de su vida en la tierra se hizo patente en el santo la cruz por amor. Ha vivido y ha muerto clavado en la cruz con Cristo. *Hizo del misterio de la cruz su camino*»⁷¹.

Y en todo aquel camino se comportó siempre «de una manera», impertérrito, fiel, incondicional. Las últimas palabras que se registran escritas por él las dirigió en carta a una

⁷⁰ STEIN, E., *Ciencia de la Cruz*, 67-68.

⁷¹ BENÍTEZ L., O., «La cruz en la vida espiritual...», 450.

religiosa, a la que dice: «ame mucho a los que la contradicen y no la aman, porque en eso se engendra amor en el pecho donde no le hay; como hace Dios con nosotros, que nos ama para que le amemos mediante el amor que nos tiene»⁷².

2. Por su testimonio de la trascendencia

Una renuncia tan grande y tan total como la que hizo san Juan de la Cruz a todo aquello que no es Dios, desde la mortificación de los aspectos más externos o sensibles hasta el fondo mismo de la persona humana con sus convicciones, sus seguridades, sus planes y sus expectativas, no puede fundarse más que en una *visión absolutamente trascendente de toda la realidad*.

Esta visión trascendental de nosotros mismos y de todo lo que nos toca, material y espiritualmente hablando, es un signo de auténtico realismo; es la garantía de haber obtenido un *criterio nuevo*, de hombres nuevos (cf. Ef 4, 17-24); un criterio más profundo, más verdadero, de un plano diferente y superior a los criterios que naturalmente (o humanamente) acostumbramos a usar. Se alcanza ciertamente después de hacer *grandes esfuerzos* para liberar a la voluntad de sus ataduras naturales o adquiridas, y también para darle a la inteligencia una forma metafísica sana y sólida. Consiste esta visión trascendente, según me parece, en una percepción práctica (u operativa, si se quiere) de cada cosa y de cada acontecimiento, y especialmente de nosotros mismos, *en de-*

⁷² *Carta a una religiosa carmelita*, finales de 1591 [*Obras*, 1334].

*pendencia absoluta con su Principio y su Fin, es decir, que es una manera de juzgar y de decidir siempre y en relación a todas las cosas, desde Dios y según Dios*⁷³: «... es necesario que cualquiera apetito o gusto, si no fuere puramente por honra y gloria de Dios, renunciarlo y quedarse en vacío por amor de él, que en esta vida no tuvo ni quiso más de hacer la voluntad de su Padre, la cual llamaba su comida y manjar [cf. Jn 3, 34]»⁷⁴.

Mencioné antes una reconocida enseñanza de san Pablo: «*Nuestro tenor de vida es propio del cielo*» (Fil 3, 20; CEE: «Nosotros somos ciudadanos del cielo»). Sobre lo cual comenta santo Tomás:

«... [«muchos que andan como enemigos de la cruz de Cristo»] gustan las cosas terrenas, pero no es así como nos comportamos nosotros, ya que *nuestro tenor de vida es propio del cielo*, esto es, se lleva a cabo plenamente, ante todo, por la **contemplación**. Se dice, en este sentido, en 2Cor 4, 18: *a cuantos no ponemos nuestros ojos en las cosas visibles, sino en las invisibles; pues las cosas visibles son pasajeras, mas las invisibles son eternas*. Asimismo esto se lleva a cabo por el **afecto**, ya que *amamos sólo las cosas celestiales*. Igualmente, lo es también por la **operación**, en la cual hay una representación de lo celestial, puesto que se dice en 1Cor 15, 49: *Y del mismo modo que hemos llevado la imagen del hombre terreno, llevaremos también la imagen del celeste*.

⁷³ Los santos de todos los tiempos lo han dicho y vivido de muchas maneras. Una de las más concisas y fructuosas ha sido la propuesta por san Ignacio de Loyola en su *Principio y fundamento* [EE, 23].

⁷⁴ *Avisos*, 123 (3. Avisos copiados por Magdalena del Espíritu Santo, en Beas, 2) [*Obras*, 108; EDE, n. 160 (114)].

Mas, ¿por qué está allí nuestro tenor de vida? Porque de allí esperamos el auxilio más eficaz, como leemos en el Sal 120 [121], 1: *Alzo mis ojos a los montes: ¿de dónde vendrá mi auxilio? Mi auxilio me viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra.* Y en Mt 6, 21: *Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón.* Por esto dice *de donde esperamos como Salvador a nuestro Señor Jesucristo*⁷⁵.

Ese tenor de vida trascendente, que deben tener los hombres resucitados, y con mucha más razón los contemplativos (como era san Juan de la Cruz), se traduce en una esperanza que tiene que llevar toda nuestra obra a ser un testimonio irrecusable de lo eterno. Vivir ya en esta tierra según el tenor de vida de la vida futura es el modo de crear con nuestro propio obrar el «misterio» de lo trascendente. Porque, al fin, el «crear misterio», por nuestra entrega entera, es la manera propia que tenemos de alcanzar esa «misteriosa fecundidad apostólica»⁷⁶, que no se sigue si no de la radicalidad de la vida contemplativa ejercida en ambiente y en criterios de transcendencia.

Y para ello hay que ser fiel, como vimos fue siempre el santo, hasta su muerte. Y hay que ponerse «por encima» de todo lo que no sea Dios, en desprendimiento pleno afectivo, y si Dios lo pidiese, también efectivo. Esto en todos los órdenes de cosas, hasta en los más elevados. «Todo el mundo» —dice san Juan de la Cruz— «no es digno de un pensamiento del hombre, porque a sólo Dios se debe; y así, *cualquier pen-*

⁷⁵ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Comentario a la carta a los filipenses* [S. Ep. Pauli ad Philipp. Lect.], n. 143-144; Ed. del Verbo Encarnado, San Rafael 2008, 244-247. Allí puede verse también el texto latino.

⁷⁶ SAN JUAN PABLO II, Exh. ap. *Vita consecrata*, 8.

samiento que no se tenga en Dios, se le hurtamos»⁷⁷; y santa Teresa Benedicta de la Cruz: «Quien busca *radicalmente* el bien, es decir, el que está dispuesto a hacerlo en todo momento, ha tomado ya su partido y ha depositado su voluntad en la voluntad divina»⁷⁸.

«La importancia del *testimonio ontológico* (experiencia y doctrina) *de la actitud mística*» —explica un comentarista— «es que, sin negar el hecho y la estructura de inmanencia al mundo, demuestran que hay en la persona también una *estructura esencial de trascendencia del mundo*. No queremos con esto decir que no haya otras vías de demostración de esta verdad [...]. Nos basta con afirmar que la actitud mística vive una experiencia de trascendencia. *Descubre unas estructuras esenciales de trascendencia*. Sistematiza una doctrina de trascendencia, lo cual es especialmente notable en un místico que reúne al mismo tiempo las condiciones de un gran metafísico, como san Juan de la Cruz.

Y que este descubrimiento ontológico de la trascendencia del mundo es en san Juan de la Cruz un acercamiento experiencial a la verdad revelada de la trascendencia.

¿Cómo se realiza, según el santo, la trascendencia mística del mundo?

Se realiza principalmente en las actividades superiores del ser en el mundo. Es decir, afecta fundamentalmente al “habitar” en el mundo. El místico deja de *habitar* en el mundo, aunque sigue estando y viviendo. Ya no

⁷⁷ *Avisos*, 115 (2. Puntos de amor, reunidos en Beas, 36) [*Obras*, 106; EDE, n. 115 (110)].

⁷⁸ STEIN, E., *Ciencia de la Cruz*, 220.

se abre al mundo (negación de los sentidos y de la meditación), *pero se abre a una forma de ser ya no en el mundo: a la interioridad de la persona y a Dios*»⁷⁹.

El desprendimiento radical, entonces, sube al hombre por sobre todo lo creado y lo pone de cara a Dios, pero no para abstraerse de su responsabilidad, sino para ejercitarla con mayor plenitud, con la incondicionalidad propia de lo eterno. Todas las cosas, y en todos los órdenes, eran juzgadas por san Juan de la Cruz desde Dios, y según el sentir de Dios, espiritualmente (cf. 1Cor 2, 15), porque estaba seguro «de que todo lo que por él pasare, próspero o adverso, viene de Dios»⁸⁰ y se mide con Dios, dado que «los bienes no van del hombre a Dios, sino vienen de Dios al hombre»⁸¹. De allí que nada le atase, ningún hilo y ningún pelo, ni *asimientillo* a cosa por pequeña que sea⁸². Y de allí también la fuerza que ejercía su mismo modo de vivir respecto de los que con él tomaban contacto de cualquier forma, porque su testimonio de libertad fundada en la trascendencia se hacía para todos un motivo de seguir esperando.

«Solo en verle levantar los ojos al cielo, parecía tomaba los corazones de acá y los levantaba a Dios; y lo mismo hacía cuando muchas veces en medio de su hablar

⁷⁹ URBINA, F., *La persona humana...*, 85.

La terminología que utiliza este a.: *habitar, estar, vivir*; es propia suya, y tiene, a mi entender, algunos resabios maritanianos. Para la comprensión del texto citado alcanza decir que el «habitar» el mundo es la actividad espiritual, de la inteligencia y la voluntad, que en algunos tramos del libro parece separarse demasiado de la realidad del hombre particular o individual (cf. 81-84).

⁸⁰ *Grados de perfección*, 15 [*Obras*, 133].

⁸¹ 2N16, 5 [*Obras*, 647].

⁸² Cf. 1S 11, 4-5 [*Obras*, 204-206].

solía decirles: ‘¡Alto, de aquí a vida eterna!’, *para que todos pusiesen sus pensamientos en Dios*, tomando asiento las almas en su verdadero centro que es Dios” (BCM, 14; declara María de la Cruz).

Todo un símbolo: palabra y gesto, invitando a subir más arriba, a trascender la circunstancia concreta. Y muchas veces, como refieren otros testigos, le oían decir: “Ea, hijos, caminemos y enderecemos a la vida eterna” (BMC 24, 380. 413. 486-487. 496. 499. 503. 506. 512), es decir, *a la meta trascendente del hombre*»⁸³.

3. Por su ejercicio de la vida teologal

La *vida teologal* es el complemento y el motivo del espíritu de transcendencia. Traspuesto en afecto de toda la realidad creada, el hombre se pone de frente a Dios y se relaciona con Él. Las virtudes teologales son el medio justo y propio de la unión definitiva, y cumplen la función de disponer el alma para ese trato sustancial, que acaece en su centro más profundo: la raíz de su ser libre. Afirma un testigo que «resplandecían en fray Juan las tres virtudes teologales»⁸⁴.

Una de las características, de hecho, más propias de su enseñanza y de su vida es ese valor purificador que él da a la vida teologal, propiamente a través de la fe, la esperanza y la caridad, que actúan para hacer de natural en sobrenatural las

⁸³ RODRÍGUEZ, JOSÉ V., *Los cuatro nombres de Dios*, San Pablo, Madrid 2016, 233.

⁸⁴ Testimonio de Diego de la Concepción, que trató al santo entre los años 1583 y 1591. Cit. por RODRÍGUEZ, J. V., *San Juan de la Cruz...*, 457.

potencias superiores, las que pertenecen al alma: inteligencia y voluntad (y memoria, en el esquema sanjuanista):

«¿Qué quiere?» —escribe a una dirigida— «¿Qué vida o modo de proceder se pinta ella en esta vida? ¿Qué piensa que es servir a Dios, sino no hacer males, guardando sus mandamientos, y andar en sus cosas como pudiéremos? Como esto haya, ¿qué necesidad hay de otras aprehensiones ni de otras luces ni jugos de acá o de allá, en que ordinariamente nunca faltan tropiezos y peligros al alma, que *con sus entenderes y apetitos se engaña y se embelesa y sus mismas potencias la hacen errar*? Y así es gran merced de Dios cuando las oscurece, y empobrece al alma de manera que no pueda errar con ellas; y como no se yerre, ¿qué hay que acertar sino ir por el camino llano de la ley de Dios y de la Iglesia, y *sólo vivir en fe oscura y verdadera, y esperanza cierta y caridad entera*, y esperar allá nuestros bienes, viviendo acá como peregrinos, pobres, desterrados, huérfanos, secos, sin camino y sin nada, esperándolo allá todo?»⁸⁵.

En varios pasajes de sus escritos, el santo menciona los *diversos tipos de presencias de Dios en un alma*, empezando por aquella natural con que la mantiene en el ser (cf. *S. Th.*, I, 8, 3); y luego, según su designio, por la vida de la gracia santificante y por las diversas gracias, ordinarias y extraordinarias, con que quiera ir «tocando» a cada uno de nosotros⁸⁶. Las virtudes teologales son operativas de la gracia, y están

⁸⁵ Carta a doña Juana de Pedraza, en Granada, Segovia, 12 de octubre de 1589 [*Obras*, 1322].

⁸⁶ Cf. 2S 5 [*Obras*, 236-242]; CB 11, 3-4 [*Obras*, 755-756]; 4LI 14-16 [*Obras*, 1131-1134].

dadas al hombre como don de Dios (son infusas) para conservar y desarrollar esa presencia y cercanía. Es decir, que Dios es su objeto propio y su razón de ser en el alma del hombre. Pero las virtudes, junto con su tensión sobrenatural a su principio, y en orden a ello, cumplen también la misión de purificar a las potencias, que es según san Juan de la Cruz, *matarlas en su obrar natural*. De allí, la expresión elocuente del p. José Vicente Rodríguez, que habla de la «*beligerancia que se concede a teologal*»⁸⁷.

Dios usa las virtudes teologales para purgar en la *noche* al alma, después de que, en cierta manera, «ella misma se aniquile y deshaga, según está ennaturalizada»⁸⁸, hasta en su mismo centro, «dejando a oscuras el entendimiento, y la voluntad a secas, y vacía la memoria, y las afecciones del alma en suma aflicción, amargura y aprieto, privándola del sentido y gusto que antes sentía» y así «se introduzca y una en él la forma espiritual del espíritu, que es la unión de amor»⁸⁹. La fe, la esperanza y la caridad son camino de unión, pero lo son en la medida en que se viven a oscuras, que es decir *cru-cificadamente*, en «pobreza, desamparo y desarrimo de todas las aprensiones de mi alma, esto es, en oscuridad de mi entendimiento y aprieto de mi voluntad, en afición y angustia acerca de la memoria, dejándome a oscuras en pura fe»⁹⁰. A lo que agrega E. Stein:

«...la fe es el camino a través de la noche hacia la meta de la unión con Dios, en ella se gesta el *nuevo nacimiento do-*

⁸⁷ RODRÍGUEZ, J. V., *San Juan de la Cruz...*, 658.

⁸⁸ 2N 6, 5-6 [*Obras*, 607].

⁸⁹ 2N 3, 3 [*Obras*, 597].

⁹⁰ 2N 4, 1 [*Obras*, 598].

loroso del espíritu, su transformación de ser natural en sobrenatural [...] La fe exige la renuncia de la actividad natural del espíritu. En esta renuncia consiste la noche activa de la fe, el seguimiento activo y personal de la cruz [...] Por otra parte, la fe prueba, con su propia existencia, la posibilidad de un ser espiritual y una actividad que supera la natural [...] Ante una mirada superficial puede parecer como una contradicción y una incoherencia. En realidad se trata de una necesidad objetiva»⁹¹.

La necesidad objetiva es de disponer el alma para la unión; y las virtudes de la vida teologal son las que obran esta transformación, cada una en su rol.

«Como se puede ver, esto supone una gran radicalidad de opción en favor de las virtudes teologales. Para ello nos invita [san Juan de la Cruz] a *hacer todo lo que esté de nuestra parte para entrar por este camino, “gobernándose según estas tres virtudes”* (2S 6, 6-7). Pero también nos promete darnos “con el favor de Dios, modo como las potencias espirituales *se vacíen y purifiquen de todo lo que no es Dios y se queden puestas en la oscuridad de estas virtudes*, que son el medio, como habemos dicho, y la disposición para la unión del alma con Dios” (2S 6, 6)»⁹².

⁹¹ STEIN, E., *Ciencia de la Cruz*, 161.

⁹² GAITÁN, JOSÉ D., «Juan de la Cruz: cercanía de Dios y vida teologal». En *San Juan de la Cruz*, 24 (1999), 155.

El a. de este artículo hace un completo análisis de los textos referidos a los tipo de presencias, pero no parece tener claros los límites de lo natural y lo sobrenatural, ni de lo que significa la nueva presencia de Dios por medio de la gracia. Esto hace que en algunos pasajes, la exposición se torne un poco confusa y arriesgue su ortodoxia.

El alma que está hecha una y dispuesta teologalmente tiene el pulso para animar a los verdaderos incondicionales, que como san Juan de la Cruz, y otra legión de santos, «siguen al Cordero adondequiera que vaya» (Ap 14, 4).

4. Por su intimidad con las Tres Divinas Personas

«Juan de la Cruz tenía mucha devoción al misterio de la Santísima Trinidad y al del Hijo de Dios humanado». Así lo declara una testigo, y confirma con un suceso: «Le vi decir muchas veces Misa de la Santísima Trinidad y un día le dije: “Padre, ¿cómo dice tantas veces Misa de la Santísima Trinidad?”. Y me respondió con gracia: “Téngole por el mayor santo del cielo”»⁹³.

La ría más profunda de todo este discurso que vamos haciendo es esta: que la relación con Dios es una relación *personal*. Comprender esto es tocar el nervio de toda nuestra transformación espiritual. Y no existe relación personal con Dios sino cuando se intima con las tres Divinas Personas. Detenerse en este punto sería detallar demasiado, y tengo que estudiarlo más. Pero creo importante decir que la tendencia a encontrar a cada una de las Personas en el trato espiritual, y en nuestro conocimiento y fruición de Dios, es la que debe animar desde más al hondo nuestro esfuerzo por la santidad. Porque este contacto personal es el más vivo, el más cristiano, y el más eminentemente humano a que pueda llegarse. Y porque en ese contacto personal se alcanza la

⁹³ Testimonio de María de la Cruz (BMC 23, 261; 25, 483). Cit. por RODRÍGUEZ, J. V., *San Juan de la Cruz...*, 493.

fuente más alta de la Inmutabilidad, y de la incondicionalidad en nosotros.

San Juan de la Cruz muestra tener una experiencia acabada (mística) de las Personas en Dios cuando casi se desboca de deseos de unión al final de los comentarios al *Cántico*.

«Este *aspirar del aire*» —dice allí, refiriendo a uno de sus versos— «es una habilidad que el alma dice que le dará Dios allí en la comunicación del Espíritu Santo; el cual, a manera de aspirar con aquella su aspiración divina muy subidamente, levanta al alma y la informa y habilita para que ella aspire en Dios la misma aspiración de amor que el Padre aspira con el Hijo, y el Hijo con el Padre, que *es el mismo Espíritu Santo que a ella le aspira en el Padre y el Hijo en la dicha transformación para unirla consigo*; porque *no sería verdadera y total transformación si no se transformara el alma en las tres personas de la Santísima Trinidad en revelado y manifiesto grado*.

Y esta tal aspiración del Espíritu Santo en el alma, con que Dios la transforma en sí, le es a ella de tan subido, delicado y profundo deleite, que no hay decirlo lengua mortal, ni el entendimiento humano, en cuanto tal, puede alcanzar algo de ello; porque *aun lo que en esta transformación temporal pasa acerca de esta comunicación en el alma, no se puede hablar*; porque, *el alma unida y transformada en Dios, aspira en Dios a Dios la misma aspiración divina que Dios*, estando ella en él transformado, aspira en sí mismo a ella. [...]

Y no hay que tener por imposible que el alma pueda una cosa tan alta, que el alma aspire en Dios como Dios

aspira en ella por modo participado. Porque, *dado que Dios le haga merced de unirla en Santísima Trinidad, en que el alma le hace deiforme y Dios por participación, ¿qué increíble cosa es que obre ella también su obra de entendimiento, noticia y amor, o por mejor decir, la tenga obrada en la Trinidad juntamente con ella como la misma Trinidad?* Pero por modo comunicado y participado, obrándolo Dios en la misma alma, porque *esto es estar transformada en las tres personas en potencia y sabiduría y amor, y en esto es semejante el alma a Dios, y para que pudiese venir a esto la crió a su imagen y semejanza* (Gen 1, 26). [...]»⁹⁴.

⁹⁴ CB 39, 3*-4* [*Obras*, 928-930].

III

GUARDIANES DEL ESPÍRITU

Con ánimos encendidos alienta san Juan de la Cruz a todas las almas a que busquen con todas sus fuerzas el progreso esforzado por la vía de la perfección:

«¡Oh, almas criadas para estas grandezas, y para ellas llamadas!, ¿qué hacéis? ¿En qué os entretenéis? Vuestras pretensiones son bajezas, y vuestras posesiones miserias. ¡Oh miserable ceguera de los hijos de Adán, pues *para tanta luz estáis ciegos y para tan grandes voces sordos, no viendo que en tanto que buscáis grandezas y gloria, os quedáis miserables y bajos, de tantos bienes hechos ignorantes e indignos!*»⁹⁵.

Esto se aplica con mayor razón a quien se precia de ser contemplativo del Instituto del Verbo Encarnado. Pues los monjes «están a la vanguardia del movimiento de retorno de toda la creación al Creador y *tienen prisa de llevarlo a término renunciando a todo y apuntando directamente al Fin*»⁹⁶.

Esa «prisa» tiene que ser un distintivo, una cualidad específica de los monjes. Significa allí las fuerzas del alma unificadas, ordenadas al fin; significa la radicalidad de las renunciaciones, el olvido total de nosotros mismos, de nuestras expectativas humanas, de nuestros deseos vanos de ser tenidos en algo, de ser recompensados, reconocidos, valorados, tra-

⁹⁵ CB 39, 7* [Obras, 931].

⁹⁶ *Directorio de vida contemplativa*, 3.

tados justamente, de poder destacarnos e influir, de sentirnos admirados, de ver frutos visibles. Poner un pensamiento o un afecto en algo de esto es detenernos, es entretenernos con lo que nos frena, y no apuntar al fin directamente. Y es también «divertirse», en el sentido de desgastar las fuerzas sin sentido.

Creo que el ejemplo de san Juan de la Cruz puede mostrarnos diáfananamente que no debería haber entre nosotros quien se duela de padecer en algo, quien no se goce cuando queda a un lado, quien se frustre de no ser superior o de no tener oficio. Es un insulto a nuestra vocación quejarnos de banalidades, huir de destinos o de personas difíciles, de trabajos o responsabilidades incómodas. Es como una contradicción, porque al fin en esos casos nos movemos por criterios superficiales, mientras nuestra profesión y nuestro hábito en realidad les están diciendo a todos los hombres que somos incondicionales, que nuestros criterios son desde el fondo del alma, porque allí mora Dios, y que por tanto, no decidimos ni juzgamos sino «de una manera».

«No me da gloria nada. No me da pena nada. En esta desnudez halla el espíritu su descanso, porque *no comunicando nada, nada le fatiga hacia arriba, y nada le oprime hacia abajo, porque está en el centro de su humildad*»⁹⁷. «Mira que no reina Dios sino en el alma pacífica y desinteresada»⁹⁸, en la que solo busca Su gloria, que mora sola en lo alto del Mon-

⁹⁷ *Monte de perfección* [*Obras*, 136. 138-139].

⁹⁸ *Avisos*, 71 (1. Dichos de luz y amor) [*Obras*, 100; EDE, n. 70 (106)].

te. Y no hay que engañarse, porque *«el que no busca la cruz de Cristo, no busca la gloria de Cristo»*⁹⁹.

Los monjes tienen la responsabilidad de mostrar al Instituto la manera más radical de vivir el carisma, y esto sólo se hace dándose plenamente, y poniendo en las cosas celestes nuestra preocupación y nuestro anhelo.

«Vivamos así, sin anidar en la tierra, siempre mirando hacia el nido eterno y extendidas las alas para volar hacia él, *donde se guarda nuestro tesoro, donde desde ahora está fijo nuestro corazón*. Este mirar las cosas de la tierra como extrañas nos desprenderá de ellas, y de este modo irá purificando el corazón cada vez más, pues *es lo principal que nos toca hacer para entregarnos a Dios*»¹⁰⁰.

⁹⁹ *Avisos*, 102 (2. Puntos de amor, reunidos en Beas, 23) [*Obras*, 104; EDE, n. 101 (108)].

¹⁰⁰ *Obras completas del p. Alfonso Torres, S. I.*, t. VII: «Ejercicios espirituales III. Los valores de la vida contemplativa», BAC, Madrid 1971, 307.

Índice

I. LA VIDA ESPIRITUAL COMO UN «TROCAR LO CONMUTABLE POR LO INCONMUTABLE»	11
II. LA RESPUESTA DEL SANTO: JUAN DE LA CRUZ, EL INCONDICIONAL	23
1. Por su perseverancia irrefragable en las tribulaciones	27
2. Por su testimonio de la trascendencia	38
3. Por su ejercicio de la vida teologal	43
4. Por su intimidad con las Tres Divinas Personas	47
III. GUARDIANES DEL ESPÍRITU	51
Índice	55

Se terminó de realizar esta edición en el
MONASTERIO «CHARLES DE FOUCAULD»,
en La Marsa, TÚNEZ,
el día 22 de octubre de 2020,
memoria de SAN JUAN PABLO II,
padre y patrono de nuestra Familia religiosa.

- *DEO GRATIAS* -